

## INTRODUCCIÓN

Madrid, hacia finales del mes de febrero del año 2003. Puede ser un buen lugar y un buen momento para el comienzo de esta historia. El invierno está llegando a su final y los días se alargan. En la ciudad no parece ocurrir nada especial, aparte de los habituales atascos de tráfico; del frágil equilibrio que tienen que mantener muchos de sus habitantes para llegar a fin de mes; del temor que se respira a que pueda comenzar una guerra preventiva tan absurda como injusta en un país lejano, y el miedo a que el gobierno, sin contar con el permiso de sus votantes, decida formar parte del ejército invasor. Estos podrían ser algunos de los elementos de fondo sobre los que se inicia la historia que voy a contar. En cuanto al tema, para ser escueto, se puede decir que trata de dos soledades y una aventura. Es posible que no esté inventando nada nuevo. Hay quien dice que las mismas historias se repiten a través de los tiempos y que sólo cambian determinados matices, por lo que en este caso se podría decir que nos hallamos ante una historia de matices que se desarrolla en un mundo que no sabemos si es el mejor de los posibles, pero que es en el que nos ha tocado vivir. Tal vez, y sólo digo tal vez, a cada uno de nosotros le quede la posibilidad de hacer algo para que sea menos injusto. Pero supongo que eso nos conduce hacia los confusos terrenos de la utopía. Y en estos tiempos, a quién le puede interesar la utopía cuando basta con esperar la llegada de un golpe de suerte para convertirse en famoso, y vivir de las exclusivas. Los que así piensen, pueden abstenerse de seguir adelante con la lectura. No es lo suficientemente moderna y hace referencia a términos desfasados y hasta sospechosos como quimera, sueños y revolución, conceptos que han perdido cualquier sentido dentro de la aldea global en que nos hallamos presos.

## I

Sesenta y cuatro años, tres meses y once días, sumados y no disfrutados. Concha veía esa cuenta escrita sobre el cielo raso de la habitación, como si estuviera frente a un gastado cartel luminoso. Apagó la luz de la lámpara de la mesita y se tapó con la manta de lana en aquella fría noche invernal. Ese techo sobre el que se clavaban sus ojos era la pantalla en que se proyectaba lo vivido, apareciendo sólo las cifras de una cuenta repetida día tras día, y que había comenzado al cumplir los sesenta años. Cuando era una niña, pensó que sería el cupo que le correspondería vivir, y después llegaría el fin, sin más, porque sesenta años debían ser suficientes para apurar una vida. Sabía que en eso se había equivocado, como en casi todo lo hecho a lo largo de veintitrés mil cuatrocientos setenta y siete días. Al menos un error al día, empezando por su propio nacimiento.

Concha parecía resignada a vivir sin sueños. Todos los había perdido a lo largo del viaje, o dilapidado, como solía pensar cuando se reconocía derrotada por el peso de la soledad. Puede que eso no fuera del todo cierto. En realidad le quedaba uno, el último, el sueño inconfesable. Hacía tiempo que lo tachaba de imposible y había tratado de borrarlo de su conciencia, asumiendo la derrota como algo normal. Se sentía sin fuerzas para continuar la lucha.

Cada noche, encogida frente a la pantalla blanca del techo surcado por una fina grieta de pared a pared, sus ojos permanecían abiertos esperando el encuentro con algo distinto a las cuentas de siempre. Después buscaba el rastro de la luz de las farolas que se filtraba por las rendijas de la persiana, y que no bastaba para iluminar la habitación. Una estancia en la que era patente la tristeza del abandono porque no albergaba esperanza alguna. Era el lugar del retiro definitivo, la cárcel de sus últimos años, en la que no era preciso colocar barrotes que impidieran la fuga. Con-

cha no tenía otro sitio adonde ir, sólo la habitación de esa residencia de ancianos que suponía la antesala de su muerte. Sin sueños que la incitaran a dormir, los tenía que inventar en las largas horas de vigilia, antes de que, presa del cansancio, durmiera al amanecer las tres horas diarias con que se conformaba.

Desde hacía muchos años, en sus fantasías conscientes se había infiltrado un lugar que desconocía y del que había oído hablar en contadas ocasiones. Pensaba en Yaiza. ¿Qué es Yaiza? ¿Dónde está Yaiza? ¿Llegaría alguna vez a Yaiza? Yaiza se había convertido en su Ítaca particular. Pero esta Ítaca estaba lejos de ser la patria donde retorna el héroe tras la contienda, donde se completa el círculo de la vida tras superar todas las pruebas exigidas por el destino. Concha llevaba mucho tiempo desconfiando de los héroes aclamados por la multitud, sólo creía en los que realizan sus gestas en silencio. Yaiza, para ella, significaba el fin del viaje, la última parada de quien ha cumplido su ciclo, aunque no se hubieran dado todos los pasos deseados, pero sí los suficientes como para pensar que el intento había merecido la pena. Con los ojos fijos en los retazos de luz sobre los visillos, cada noche se preguntaba si existiría esa Yaiza para todas las personas y si ella moriría sin tener la oportunidad de alcanzar la suya. Era el sitio donde debían encontrarse la paz y el amor que nunca había conocido. ¡Qué lejos debía encontrarse de la húmeda habitación de la residencia!

Sobre la mesita de noche tenía la bolsa de cuero en que guardaba las Lágrimas de Yaiza. Tres dados tallados en piedra volcánica que la habían acompañado durante dos terceras partes de su vida. Auténticos amigos que nunca la dejaron sola y que le ofrecieron infinidad de pistas que no siempre identificó. Muchas noches, en la oscuridad, los sacaba de su envoltorio y los manejaba entre los dedos, tratando de encontrar combinaciones que le fueran favorables para hallar el camino a Yaiza. Pero sabía que no bastaba con el azar. Concha necesitaba algo más, algo que ni la experiencia ni las circunstancias le habían permitido lograr.

Tras la breve fantasía de la partida hacia el viaje ideal, brusca-mente se encontró frente a los ojos de Germán. Muchas noches

creía verlos en el brillo de los pomos del cajón de la cómoda. Unos ojos azules y hermosos, cuando todavía estaban vivos, cuando transmitían ilusión, cuando él deseaba vivir y ella no había perdido la esperanza. ¿En qué momento lo perdió? No fue con la aparición del sida. Antes ya había dejado de pertenecerle ese hijo nacido sin padre y que ella recibió como un intruso, como la funesta consecuencia de un error y para quien no supo ni quiso desempeñar el doble papel que le correspondía ejercer. Demasiado tarde trató de recuperarlo y demasiado pronto se le escapó. Los dados no la ayudaron a anticiparse a la desgracia, su poder estaba limitado. Podían servir de aviso, para dar pistas, para mostrar puntos débiles, pero nunca como respuesta o curación. En ese caso, ella no supo interpretar la alerta a tiempo. Pobre Germán, cuánto le faltó por ver, por vivir, por saber, por amar. Desde que murió, Concha siempre leía los libros con un hilo de voz para que sus ideas llegaran hasta el hijo muerto, en un postrer intento de comunicación con él. Sin embargo, se consideraba incapaz de releer los desgarradores poemas que escribió Germán cuando supo que la enfermedad era implacable. Fue su último intento de trascender, de dejar huella de su agónica existencia. A ella le dolían las entrañas con cada uno de esos versos más compuestos por la urgencia que por el arte, y que la hacían sentir culpable, aún sin citarla. Quizás fuera la causa que aumentaba su dolor. En ningún poema nombraba a la madre, a la que lo parió y acompañó en las horas finales y de la que heredó el interés por la poesía.

La noche de su muerte, en otra fría jornada invernal, mientras lo velaba en una pequeña y oscura sala del tanatorio, Concha escribió un poema roto, como llamaba a los que nacían del dolor, de la carencia, de la rabia:

#### TE HAS VESTIDO

con ruidos de otros siglos,  
con rabias de otros años,  
con culpas de otros seres,  
con preguntas de nadie,  
con ruegos, cobardía

del mundo desvivido.

Con mensajes de todas las victorias  
que fueron concesiones,  
con llantos de unos sueños  
que otros sueños secaron. Con llantos  
preferidos por ella (pretexto de amargura).  
Con perdones ninguno. Olvidaste perdones  
que desnudan y muerden.

Te has vestido

Con noches de cualquier paraíso  
y su oscura certeza  
no oculta dignidades, ni separa  
los cuerpos del féretro ordenado,  
ni cree que la inocencia  
deshaga los rencores.

Concha se preguntaba si su Yaiza sería el lugar de merecido reposo tras las aventuras vividas, o sólo un punto de huída para alguien que siempre careció de patria. Muchas veces le pedía respuesta a los dados, pero estos se mostraban esquivos con lo concreto, explayándose en lo ambiguo; en lo que debía ser analizado desde una perspectiva muy personal. Ella había creado las reglas del juego y las reformaba con la experiencia acumulada tras infinitas tiradas. No se las aplicaba con el mismo rigor que utilizaba para complacer a aquellos que la consultaban pidiéndole que les predijera el futuro o descubriera sus errores pasados. Posiblemente, las Lágrimas de Yaiza necesitarían de muchas generaciones de estudiosos para alcanzar la categoría de una ciencia adivinatoria como el Tarot, las runas vikingas o el I Ching. Mientras no llegara el refrendo de ese aval, el análisis de los dados sólo era útil para paliar el dolor y aliviar el sentimiento de soledad, tanto de los que se sometían a su dictado como de la propia Concha.

El ruido intenso de los coches anunciaba la llegada de un nuevo día, antes de que clareara el horizonte y la luz que se filtraba por la persiana pusiera color en las paredes. El sonido de los motores y de las sirenas marcaba el inicio del breve descanso para Concha,

justo cuando la ciudad se ponía en marcha. Millones de personas iniciaban cada jornada con la esperanza de que llegara un cambio a sus vidas, como si estos siempre se produjeran con la luz del día. Cada amanecer venía acompañado de infinidad de ilusiones truncadas y alguna que otra recompensa. Había quien se empeñaba en atribuirlo al azar, como la lotería, la quiniela o las Lágrimas de Yaiza. Pero Concha sabía muy bien que a la última parada no se llega como premio de un concurso. El camino es mucho más complejo y doloroso.

## II

El cañón de la pistola se hundía con fuerza en su cuello por debajo de la barbilla. Notaba el pulso de la mano trémula que sujetaba el arma y que no apartaba el dedo del gatillo. Bastaría con una ligera presión para que el disparo diera fin a su vida. Media hora, contada segundo a segundo, sintiendo que el resto de su existencia era una propina en manos de un loco que ya había matado antes y que sólo disfrutaba destruyendo. Había tenido la oportunidad de negarse a defenderlo ante el tribunal que lo juzgaba por asesinato, pero era una abogada responsable y le correspondía llevar ese caso. De nada valía que fuera consciente de su culpa y despreciara a ese individuo. Debía representar el papel con profesionalidad y lograr la mejor sentencia para su cliente. Eran las estrictas reglas del juego de la justicia y todas las partes debían representar su papel sin salirse de lo marcado. El que realizaba la actuación más brillante ante el tribunal era premiado por el juez y ganaba el caso. No siempre importaba que la justicia real se hubiera cumplido porque sólo contaba la justicia de los hombres, y como su propio símbolo refleja, la justicia humana es ciega. Una ceguera que se estaba extendiendo a los que la impartían.

Andrea no sabía cómo había llegado el arma a poder del reo. Era impensable que el acusado, en pleno juicio, sacara una pistola, prendiera como rehén a su propia abogada y pidiera un coche y seiscientos mil euros en efectivo a cambio de la vida de su defensora. Ella no podía decir que toda su existencia hubiera pasado por delante de sus ojos en esos minutos de agonía, tal como cuentan muchos de los que estuvieron en la antesala de la muerte. La angustia le impedía seguir el curso del pensamiento, y la presión del cañón le recordaba a cada instante que debía permanecer inmóvil para no ser ella la que marcara el final de la contienda. Al salir de la sala y avanzar por el pasillo, sin haber variado la posición de su cuello aprisionado entre el brazo y la pistola del asesi-

no, escuchó el ruido de un disparo. Pensó que era el fin. Después notó que la presión disminuía y sintió un estallido brutal junto a su oído. El asesino cayó como un fardo a su lado. Andrea palpó su propio pelo empapado en sangre y restos viscosos. Un policía había acertado en medio de la cabeza del secuestrador. En la caída, la pistola del criminal se había disparado y el proyectil pasó rozando su cabeza antes de impactar en el techo. Andrea estaba congelada, incapaz de moverse y pensando que la habían matado, poco importaba si era en nombre del bien o del mal. Varios hombres llegaron corriendo, la cubrieron con una manta, la tendieron en una camilla y fue sacada a toda velocidad en una ambulancia, mientras los agentes apartaban las cámaras de televisión que se agolpaban alrededor, buscando la noticia más morbosa con que abrir los informativos de mediodía.

Milagrosamente había salido indemne del secuestro. El pánico apareció más tarde, cuando fue consciente de la magnitud de lo ocurrido. Durante dos meses no fue capaz de conciliar el sueño. Al cerrar los ojos sentía que una pistola se hundía en su cuello y escuchaba un disparo. Unas veces era el asesino, y otras veía una bala acercarse desde lejos, despacio, como si la imagen estuviera ralentizada, pero sus movimientos eran mucho más lentos y no podía esquivarla. En ambos casos los restos de su cabeza se esparcían sobre una pared blanca. Siempre la misma imagen y la misma reacción: ansiedad por ver la luz. Saltaba de la cama buscando el interruptor de la lámpara para que el resplandor de la bombilla la cegara. Era la forma de comprobar que seguía viva. Pero no estaba viviendo porque había trasladado ese estado de alerta a todas las facetas de su vida. Cuatro meses de baja laboral fueron la recompensa que obtuvo a cambio de la conmoción sufrida, pero no le sirvieron de descanso. Se sentía en deuda al no estar trabajando junto a sus compañeros de bufete y no cumplir con la productividad que se le exigió cuando la contrataron.

Había pasado casi año y medio desde que se produjo el hecho luctuoso y lo creía superado, como si se tratara de un accidente laboral propio de su gremio; pero esa noche se había vuelto a despertar sufriendo un ataque de ansiedad. Recobró la tranquili-

dad cuando se dio cuenta de que Sócrates estaba a su lado. El perro había percibido el miedo y acudió raudo al dormitorio para demostrarle que no estaba sola, que tenía a alguien a su lado que velaba en todo momento por su seguridad. Se abrazó al animal. Sócrates era la mayor conquista de su vida, puede que de lo único que se sentía orgullosa.

De vuelta en la cama, pensó en qué podría haber causado el repentino ataque de pánico. Buscó entre los acontecimientos recientes para encontrar lo que había activado su sistema de alarma. Llegó a la conclusión de que el origen debía estar en la llamada de teléfono que recibió antes de comer y que al principio tomó como una rutina más de su trabajo.

No era frecuente que la secretaria de Álvaro Climent la llamara por la línea interna, y menos para pedirle que se quedara el miércoles por la tarde en la oficina. El jefe deseaba hablar con ella después de la comida de trabajo que mantendrían los tres dirigentes del bufete, y en la que se decidiría el futuro de la empresa y el nuevo organigrama.

Faltaba media hora para que sonara el despertador. Podría haberse acurrucado bajo la manta buscando una última cabezada, pero decidió levantarse porque sabía que no volvería a dormir. Se atisbaban los primeros rayos de sol desde la terraza del apartamento que ella estrenara hacía seis años, en el décimo piso de un edificio situado en una de las zonas más prósperas de la capital, y del que todavía le faltaban veinticuatro años de hipoteca que pagar para que fuera suyo.

A Andrea le gustaba ver amanecer siempre que no fuera por obligación. Se podría decir que era una privilegiada al no tener que soportar madrugones y atascos como la gran mayoría de los madrileños. Disponía de cierto margen en cuanto a la hora de llegada a la oficina, y le venía bien porque necesitaba tiempo para cogerle el ritmo al día. Se preparaba una taza de café antes de meterse en la ducha. Bebía pequeños sorbos en silencio ante la mirada atenta de Sócrates, que solía respetar las costumbres de su dueña. Con la taza en la mano, revisaba el periódico del día anterior. No se trataba de ningún ritual ni de que hubiera alguna noti-

cia que le interesara en especial. Puede que sólo fuera la búsqueda de motivación para iniciar la marcha diaria. Hacía bastante que la ilusión por enfrentarse al trabajo y a su vida privada no era suficiente estímulo para entrar en actividad. Todo estaba integrado dentro de la misma rutina, de la única que conocía desde que formaba parte del sistema judicial.

Se duchaba con agua muy caliente, en eso no se parecía a su perro, que tenía predilección por el hielo. Le gustaba permanecer mucho tiempo bajo el agua, sentir que la golpeaba en la cara antes de enjabonarse. Era un movimiento reflejo que llevaba muchos años repitiendo, como si necesitara limpiar la mente antes que el cuerpo. Al salir de la ducha recuperaba la capacidad de hablar. Desde hacía dos años, cuando un cliente le regaló un precioso cachorro de husky siberiano en gratitud por lograr una sentencia favorable, sus primeras palabras de cada día, habitualmente lamentos, casi siempre eran para Sócrates.

—No sé cómo puedes aguantar a una compañera tan aburrida y predecible. Sé muy bien que no soy la mejor compañía para alguien que necesita grandes espacios y mucho frío para moverse. Te mantengo encerrado en un pequeño apartamento a la espera de encontrar una casa con patio por la que seguir hipotecada para toda la vida. Ya sé que es el mismo rollo de siempre y que debes de estar harto de escucharme, pero algún día la situación cambiará, y espero que no sea para empeorar.

Durante el segundo café establecía un diálogo más distendido con su perro, y el animal parecía entender muy bien porque reaccionaba a sus palabras según lo que contaba y los nombres que citaba.

—Supongo que te gustaría que lo dejara todo y nos lanzáramos a la aventura por los montes. Suena bonito y reconozco que haríamos una curiosa pareja: un perro ágil y fuerte junto a una abogada débil y con mala leche. Creo que no tardarían en tacharme de buscona. Sería lo más suave que me dijeran, aunque, bien mirado, no hay nada malo en buscar algo. Lo que ocurre es que yo no sabría qué buscar y, mucho menos, encontrarlo. ¿Tú conoces a algún abogado que sea capaz de resolver un problema? Sí, llevas

razón, es mucho más fácil ponerle un pleito al problema.

Dejó a Sócrates con la promesa de sacarlo al parque cuando terminara su jornada en la oficina. Subió a su coche recién pagado y se sumó a la larga fila de vehículos que transitaban por Madrid en busca de su destino, como si fueran penitentes condenados a vagar a diario por un purgatorio lleno de ruido y humo y sin encontrar un lugar donde aparcar. Por fortuna, en su caso el trayecto no superaba la media hora, el mismo tiempo que si utilizaba el metro, pero algunos compañeros de trabajo le habían dado argumentos para convencerla de que el transporte público no era seguro, aparte de que ella contaba con la ventaja de disponer de una plaza de aparcamiento en el propio edificio donde trabajaba.

La jornada comenzó con el examen de la agenda para consultar el trabajo pendiente y los compromisos adquiridos para ese día; aparte de averiguar si había algo urgente que pudiera alterar los planes previstos. En principio, se trataba de una mañana tranquila en la que tendría que poner orden en una serie de documentos y realizar algunas llamadas para concretar citas con clientes. También debía hablar con el abogado rival en un caso de divorcio que estaba llevando, con el fin de evitar que el litigio llegara hasta el juicio. Siempre es mejor un mal acuerdo que una buena sentencia, solía decir a sus clientes recurriendo a una frase muy repetida entre los abogados sensatos.

Cumplió con todo lo que tenía programado. Fue a comer al restaurante de la esquina, donde coincidió con Gema, una compañera de bufete, con quien compartió mesa. Hablaron de cosas triviales para eludir cuanto estuviera relacionado con el trabajo, pero no tenían mucho que intercambiar en otros asuntos. Eran dos extrañas que trabajaban en el mismo lugar. Gema le preguntó si sabía algo de los cambios que se estaban gestando en la oficina. Andrea reconoció su ignorancia y admitió que no le preocupaba demasiado la línea que siguiera el bufete; luego añadió que esa tarde tenía una cita con Climent. Imaginaba que sería para informarle sobre las decisiones que hubieran tomado. Su compañera estaba convencida de que esa cita sería para comunicarle un ascenso y encomendarle labores de más responsabilidad. Andrea se

limitó a responder que no le gustaba hacer especulaciones, y menos cuando se trataba de las decisiones caprichosas de unos hombres que se creían más poderosos de lo que eran. Después de comer regresó al despacho para aprovechar el tiempo de espera hasta que fuera llamada. Confiaba en que la reunión no se retrasara demasiado porque Sócrates se ponía nervioso cuando pasaba muchas horas encerrado en casa y se quedaba sin el paseo por el parque.

Andrea llevaba siete años trabajando en el bufete de abogados y era la segunda vez que iba a reunirse a solas con el gran jefe en su despacho. La primera había sido al mes de ingresar en la empresa. Entonces él le dijo que tenía por costumbre entrevistarse con todos los empleados para conocerlos mejor porque quería que formaran una gran familia. Le habló de los proyectos que tenía. Le dijo que una abogada joven e inteligente podría desarrollar una brillante carrera trabajando a su lado, y ella había sido la privilegiada que había conseguido el puesto entre más de trescientos candidatos debido a su gran currículum y a la buena impresión que había causado a los cazadores de talentos que la habían entrevistado. Durante un buen rato estuvo hablando de la integridad de los miembros de su bufete y de que su fin primordial era la defensa de la justicia por encima de cualquier compromiso. Álvaro Climent solía presumir en sus numerosas conferencias de ser uno de los últimos románticos del derecho. Andrea se sintió complacida con esas palabras llenas de aliento y entusiasmo. Había encontrado el trabajo que llevaba años esperando. Un lugar desde donde podría contribuir a que la justicia siguiera siendo el pilar fundamental sobre el que edificar la sociedad moderna. Después, cuando la conversación se hizo más relajada, el jefe la invitó a cenar. Le sorprendió su actitud por lo inmediata, pero no quiso alarmarse. Ella era una mujer liberada y hacía más de dos meses que había roto el último compromiso que mantuviera con un hombre. No tenía que justificarse ante nadie por sus decisiones y no había que cargar de dramatismo una cena con su nuevo jefe, sobre todo cuando este gozaba de muy buena reputación como amante esposo, feliz padre de familia numerosa, y católico

practicante de misa semanal, confesión mensual y viaje anual a Roma para ver al Papa desde un lugar privilegiado. En la foto que presidía su despacho estaba acompañado del Sumo Pontífice y se sentía muy orgulloso de haber departido con él durante media hora.

Acudieron a un exquisito y discreto restaurante. Álvaro se mostró como un hombre encantador, atento a cualquier detalle pero sin llegar a abrumarla. Mediada la cena, comenzó a lamentarse por la delicada situación familiar que soportaba; y, a los postres, todo estaba muy claro para Andrea. Ese hombre sólo buscaba una amante a tiempo parcial con la que satisfacer sus apetencias, mientras mantenía la apariencia de hombre ejemplar. Después de la segunda cita, ella no supo negarse a su acoso y durante seis meses mantuvieron un monótono idilio de dos encuentros por semana en la habitación de un lujoso hotel. Ella simulaba disfrutar y él se mostraba generoso en los regalos. La relación se rompió tal y como se inició, sin necesidad de montar un escándalo. Andrea siempre había sido muy discreta con su vida privada, y le preocupaba más mantener el trabajo que el beneficio que podría obtener organizando una bronca que destruyera la reputación de su jefe. Él había encontrado otra joven con la que desfogarse, y ella no deseaba perpetuar la relación con ese hombre tan poderoso como aburrido. Nunca pasó por su mente el chantaje para obtener un mayor beneficio. Disponía de un buen trabajo con el que vivía holgadamente y Álvaro Climent volvía a ser sólo su jefe, con el que mantenía un trato profesional distante y correcto. Durante los años siguientes no habían vuelto a hablar a solas. Todas las reuniones relacionadas con su situación en el bufete las había mantenido con Narciso Algar. Ni siquiera cuando estuvo a punto de morir en acto de servicio tuvo un encuentro en privado con el gran jefe. En esa ocasión, los miembros del bufete en pleno le habían ofrecido un ramo de flores y una placa de reconocimiento. Era el momento de salir bien en las fotos y difundir un mensaje lleno de dignidad ante las cámaras de televisión: ante todo primaba la justicia y el compañerismo. Andrea supo recomponer su vida sin estridencias, frente a la decepción

causada por otro hombre de paso que no había calado en sus sentimientos.

Sonó el teléfono después de dos horas de espera. La secretaria de Álvaro Climent le dijo que el jefe estaba dispuesto a recibirla en su despacho. Por la hora que era, Andrea calculó que no sólo se retrasaría su paseo con Sócrates, sino que también correría peligro su plan de ir al cine con Carmelo. Carmelo era juez del tribunal de primera instancia, y llevaba un año compartiendo parte de su vida con él, aunque no sabía si llamarlo novio, amante o amigo. No vivían juntos porque los dos querían parecer independientes, y porque entre Sócrates y Carmelo existía un odio mutuo que no dejaba de crecer. El juez carecía de poder para encerrar en la cárcel al perro o mandarlo a la cámara de gas, mientras este en más de una ocasión se había meado en los pantalones del magistrado para que quedara claro que se estaba metiendo en su territorio y no era bien recibido. Andrea había tratado de mediar entre ellos, pero ninguno se mostraba dispuesto a ceder. Mientras el juez le pedía que se deshiciera de ese perro salvaje, Sócrates le mostraba los afilados colmillos que en una ocasión despedazaron el maletín de cuero que tenía las iniciales del magistrado grabadas. Desde entonces el perro debía estar alejado de cualquier objeto que portara el juez porque lo convertía en un objetivo a destruir para mostrar su desprecio. Carmelo había pensado en varios medios de librarse del perro, sin descartar del todo la posibilidad de envenenarlo, aunque no se atrevió a hacerlo porque temía que su delito no quedara impune. No habría duda de que sería el principal sospechoso. Andrea no dejaba de pensar en qué decisión debería tomar el día en que se le planteara la disyuntiva de elegir entre ambos. Confiaba en que no llegara ese momento, pero sabía que nunca abandonaría a Sócrates. El apoyo y el cariño que le había dado en los últimos años no lo podría igualar Carmelo a lo largo de una vida.

Entró con determinación en el despacho del gran jefe, después de que la secretaria la anunciara. El tiempo del señor Climent era tremendamente valioso, sobre todo desde que salía en los informativos de televisión. Se rumoreaba que pronto accedería a

un importante cargo político dada su buena relación con el partido del gobierno.

–Póngase cómoda –le dijo con el mismo gesto serio que lo había hecho famoso en los tribunales.

Andrea se sentó frente al sillón de su jefe mientras este se levantaba y miraba por el amplio ventanal desde el que se contemplaba una amplia zona del Paseo de la Castellana, aledaña al estadio del Real Madrid.

–Supongo que estará sorprendida por esta reunión.

–Ya no hay demasiadas cosas que me sorprendan, aunque reconozco que no es una situación habitual.

–Es cierto que últimamente no me prodigo mucho con los miembros del bufete, y lo lamento porque es grato estar cerca de los compañeros, pero mi tiempo es limitado, terriblemente limitado. Tengo más compromisos adquiridos que horas disponibles.

–Lo comprendo.

–No deseo andarme con rodeos ni hacerle perder su tiempo. Durante las últimas semanas he mantenido varias reuniones con Algar y Castañeda en las que hemos decidido dar un giro importante a nuestra forma de afrontar los nuevos tiempos. El bufete ha trabajado mucho en los últimos años, pero los resultados obtenidos no han estado a la misma altura que la inversión realizada.

–Se ha ganado la mayoría de los casos y el prestigio de la entidad ha crecido de una manera notable –hizo notar Andrea.

–Pero de eso no se mantiene una empresa que quiere estar en la cima de la profesión.

–¿Cómo se logra?

–Con menos clientes, pero más poderosos, a quienes ofrecer un servicio integral. Ese es el reto que nos hemos marcado para la nueva época.

–Creo que lo comprendo: se refiere a justicia de mercado.

–No entiendo qué pretende decir con eso.

–Es un planteamiento muy sencillo: tanto dinero tienes, tanta justicia compras.

–Reconozca que es una forma bastante cínica de expresar algo que no es cierto.

–Puede que esté equivocada o puede que no, pero ya no soy tan ingenua como para creer que la justicia es un derecho igual para todos los ciudadanos. Hace bastantes años que terminé la carrera y sé cómo funciona el sistema, aunque no tan bien como usted.

–No voy a negar que es usted una abogada muy hábil que defiende con brillantez sus casos; pero demasiado idealista para los tiempos que corren.

–Las ideas nunca sobran.

–Algunas son poco prácticas y muy desfasadas. Es conveniente reciclarse cada cierto tiempo y separar lo óptimo de lo que pudo ser válido en otro momento. Una simple labor de evolución; o, mejor dicho, de progreso, porque evolución suena a otra época, a dinosaurios.

Andrea advirtió algo extraño en la mirada de ese hombre y se dio cuenta de que no era el momento para defender un determinado concepto de justicia.

–¿Por qué me ha llamado?

–Porque lamento decirle que en la nueva línea emprendida por este bufete usted no tiene cabida –Climent se tomó tiempo para contemplar la expresión de derrota de Andrea antes de continuar–. Le aseguro que se ha tratado de una decisión muy difícil de tomar porque cuenta con todo nuestro afecto y somos conscientes de los sacrificios que ha hecho por esta entidad.

Andrea tardó en reaccionar, era un golpe bajo que no esperaba y para el que carecía de respuesta. Respiró hondo y apretó los puños, pero no estaba dispuesta a montar un número trágico. No era su modo de actuar.

–No lo lamenta, señor Climent. Con sus palabras puede engañar a otros más ingenuos, pero sé que esto le causa placer. Se siente muy superior cuando puede aplastar a alguien. Era su estilo en los juicios cuando alardeaba de ser un abogado honesto. Supongo que conmigo ha tenido que esperar más tiempo del deseado para evitar los efectos mediáticos que hubiera causado mi despido cuando yo era noticia.

–Comprendo que esté dolida. Es una decisión a la que hemos

dado muchas vueltas buscando la mejor salida, y no deseamos causarle ningún daño adicional. Cumpliremos con todas las obligaciones económicas que esto conlleva, incluida una indemnización superior a la obligada por el convenio. También le prometo que va a contar con nuestro apoyo para encontrar otro trabajo acorde con su capacidad en el menor tiempo posible.

—¿Insinúa que no doy el nivel profesional que se requiere en este bufete?

—No pretendo menospreciarla. Sólo me limito a decir que nuestra línea y la suya llevan diferentes caminos, pero no la dejaremos abandonada.

—Gracias, pero no necesito la ayuda de quienes me desprecian. No pienso humillarme pidiéndole otra oportunidad. No sé lo que haré en el futuro, pero hace tiempo que he dejado de creer en la mierda de justicia que ustedes tratan de imponer. Se la pueden meter por donde les quepa.

—Sabe muy bien que esas palabras no ayudan a la imagen que debe mostrar una abogada competente.

Andrea se tomó su tiempo antes de responder. Ya no estaba delante de su jefe, y no necesitaba causarle buena impresión para defender su empleo.

—Vete a tomar por culo, impotente, que eres un impotente de mierda. Y que conste que lo digo para ayudarte —agregó al tiempo que se levantaba de la silla.

Salió del despacho aparentando una dignidad que ocultaba un inmenso dolor, aunque no sabía precisar qué le dolía.

No era el momento de recoger los objetos que le pertenecían en aquella oficina que ya había dejado de ser la suya. Lo haría cuando fuera a firmar el finiquito. Sabía muy bien que Álvaro Climent se cuidaría mucho de hablar de lo ocurrido en su despacho y de tomar nuevas represalias por sus comentarios.

Mientras conducía de regreso a casa las lágrimas corrían por su cara, pero no sabía distinguir lo que sentía, aparte de la sensación de desamparo ante el incierto futuro.

Sócrates estaba esperando cuando abrió la puerta del apartamento. El perro quería salir a la calle para jugar, pero advirtió el

dolor de Andrea y hasta pareció dispuesto a sentirse culpable de su mal.

–Sócrates –dijo Andrea, acariciando la cabeza del animal–, tú no tienes la culpa de que el mundo esté regido por unos egoístas despreciables. Esta vez me han jodido bien y no sé lo que voy a hacer. Nos espera una época difícil.

El teléfono comenzó a sonar. En la pantalla del aparato vio que se trataba de Carmelo y decidió no contestar. Ya tendría tiempo de hablar con él y contarle lo sucedido, aunque era posible que se hubiera enterado de la noticia antes que ella.

Sacó a Sócrates para dar un paseo por el parque cercano. El perro mostraba menos ímpetu del habitual por salir corriendo. Era muy sensible al estado anímico de su dueña, y si ella estaba triste, se acercaba y con sus lametones trataba de animarla y sanar sus heridas.

–Ya verás cómo también salimos de esta. Perder el trabajo no tiene por qué ser tan malo. Cobraré lo que me corresponde por la indemnización y el paro, y durante un tiempo podré estar más contigo. Quizás me pueda establecer por mi cuenta o apuntarme al turno de oficio en el peor de los casos. Por otra parte, tengo un buen currículum profesional y no deberían faltarme ofertas. Pero lo que más me fastidia es que ya no creo en lo que hago... Sí, Sócrates, no me mires con esa cara. La ilusión con que me enfrenté a esta carrera, creyendo que yo podría mejorar el mundo repartiendo justicia, la he perdido. Ser abogado en un bufete líder te sirve para descubrir toda la mierda que rodea a tu profesión, y te juro que hay mucha. En las películas que veía en la infancia, ningún crimen se quedaba sin resolver y los jueces siempre eran justos, pero la realidad no se parece en nada a las películas. Ya tengo treinta y cinco años y me he vuelto suspicaz. Creo en muy pocas cosas, puede que sólo en ti...

Los monólogos que Andrea mantenía frente a su perro eran muy frecuentes. Formaban parte de su terapia particular. Pensaba en voz alta y manifestaba sus reflexiones a Sócrates. Y, a veces, las reacciones de este le eran útiles para tomar decisiones. El perro ladraba siempre que escuchaba el nombre de Carmelo, y mos-

traba los colmillos cuando lo olía. Era un animal terco y un tanto arisco que entendía muy poco de diplomacia. Si le tenía manía a alguien no había forma de hacerlo cambiar de opinión. No obstante, a veces, era sumamente dócil y juguetón. Eso ocurría con casi todos los niños que se acercaban a acariciarlo. Se quedaban embobados mirando sus ojos de diferente color: uno era marrón y el otro azul, algo bastante común en los perros de esa raza, pero que fascinaba a quienes lo miraban. Sócrates sólo se mostraba incontrolable cuando percibía que en las proximidades había una perra en celo. Entonces afloraban los genes de lobo que llevaba dentro y nada le podía detener. Andrea había tardado en asumirlo, hasta que se dio cuenta de que el instinto no se somete. En esos casos lo dejaba libre porque sabía que esa pasión duraría poco tiempo, confiando en que las disputas que Sócrates mantuviera con otros perros no acarrearían alguna desgracia.

Además de Andrea, había otra persona con la que Sócrates se mostraba especialmente dócil. Se trataba de una mujer mayor que pasaba las tardes leyendo en un banco junto a la fuente de piedra en el centro del parque. El perro siempre se acercaba a la mujer y la miraba con atención, como si supiera algo que su dueña ignoraba. La mujer solía darle una galleta y le acariciaba la cabeza. Andrea se sentía incómoda ante esa mujer solitaria. Su aspecto era un tanto descuidado, vestida con un abrigo negro muy gastado que debió de estar de moda hacía muchos años. La saludaba cuando pasaba con Sócrates, pero sus conversaciones no habían ido más allá de breves comentarios sobre el tiempo o la actitud cariñosa del perro. No había nada más que pudiera unirlos.

Ese día el paseo fue más breve de lo habitual. Al regresar al apartamento llamó a Carmelo para contarle lo sucedido. Él se mostró compasivo y le dijo que no se preocupara demasiado porque se trataría de algo eventual. Estaba dispuesto a ayudarla, a través de sus muchos contactos profesionales, para encontrar un puesto mejor que el que dejaba. Cuando colgó no se sintió más aliviada. Sócrates había estado ladrando junto al auricular durante toda la conversación.

Se sentó frente al perro jugueteando con el pelaje del animal.

–No entiendo por qué le tienes tanta rabia a Carmelo. No sé si tienes celos de él o has descubierto algo en su actitud para lo que yo estoy ciega. Es un hombre muy serio que sacó la oposición a juez a pulso, sin contar con ningún privilegio ni enchufe en el tribunal. Ya sé que no tiene capacidad para jugar contigo ni para saber lo que quieres, pero comprende que es un juez que ocupa todo su tiempo en estudiar las leyes. No tiene oportunidad de analizar la actitud de los perros... aunque a veces creo que tampoco la humana. Me miras con gesto raro, como si quisieras saber qué es lo que yo he visto en él para estar enamorada. En realidad no estoy convencida de estarlo, pero es cómodo tener compañía en ciertos momentos sin sentir la responsabilidad de estar atada para siempre. Desde luego que la tuya me resulta más grata, pero hay ciertas cosas que no puede satisfacer un perro, aunque... algunos hombres tampoco –Andrea se calló, miraba a su perro mientras buscaba argumentos para continuar con su monólogo–. Es triste no encontrar más motivos para justificar la relación con Carmelo. ¿Me estaré volviendo vieja y será que me da miedo quedarme sola de por vida? También puede que esté con un juez porque socialmente viste mucho y es el tipo de hombre que podría reconciliarme con mi madre. Sabes, Sócrates, creo que tienes razón y que Carmelo es un plumazo de tío que vive encerrado en su urna de cristal, tan cerca de unos libros insufribles como alejado de la realidad humana. Creo que debería dejarlo, pero me da miedo quedarme sola en un momento tan jodido como este. Sí, ya sé que te tengo a ti, pero tú no tienes contactos en los más prestigiosos bufetes de abogados. Siempre que ves una toga te dan ganas de morderla. No te culpo por tu ira, a muchos ciudadanos les ocurre lo mismo, y no sin razón. Y supongo que si fueras psicólogo le pondrías nombre a mi problema, aunque no sé si me ayudarías a resolverlo.

Esa noche Andrea lloró amargamente en la cama, y sin saber por qué lo hacía. No sabía si sufría por haber perdido su trabajo; por no amar al hombre que había elegido creyendo que era el ideal; por haberse equivocado siempre a la hora de tomar decisiones, o porque su vida carecía de sentido después de treinta y cin-

co años soñando con ser una aventurera que, a la postre, sólo sabía comportarse como una funcionaria burguesa y acomplejada.

Andrea, cuando se sentía angustiada, buscaba un dolor previo con el que poner en parangón el que la atenazaba en ese momento: o bien para quitar importancia a su congoja, o para decidir si se encontraba ante una nueva situación límite. Es posible que esa actitud fuera una deformación propia de su profesión: cuando se habla de sentar jurisprudencia, de buscar precedentes con los que comparar cada caso que se cree novedoso de cara a anticiparse a la sentencia que se dicte. En ese análisis no podía invocar la ocasión en que su defendido pudo matarla, porque esa había sido una situación no comparable.

En su recuerdo surgieron imágenes de la infancia, algo que evitaba desde hacía muchos años, en un intento de borrar una parte de su historia que la avergonzaba. En aquella época, la idea de estudiar derecho no pasaba por su imaginación. Ella soñaba con actividades más vitales, como la música, la pintura, la fotografía; y, sobre todo, deseaba viajar para conocer el mundo que veía a través de la televisión o imaginaba cuando leía algún libro de aventuras. Después empezó la época oscura, un episodio de su vida que nunca se atrevió a contar y que la marcó durante muchos años: el intento de violación por parte de su propio padre, que no estaba segura de haber superado.

Poco después de cumplir catorce años notó que su padre se había vuelto mucho más cariñoso con ella. Se prodigaba en carantoñas, y ella advertía una mirada diferente de la que siempre había conocido: la del hombre firme y estricto muy ocupado con su trabajo de notario y que disponía de poco tiempo para dedicarlo a sus dos hijos. La miraba fijamente, y no sólo a la cara. Ella lo había sorprendido mirándole el pecho y las piernas, sobre todo cuando llevaba minifalda. Eso le causaba inquietud y algo de recelo, aunque en ningún momento se sintió alarmada. Aquella noche se habían quedado solos en casa. Su madre estaba en el hospital cuidando a su hermano que había sido operado de apendicitis. Su padre le dijo que se iba a quedar con ella en el dormitorio para que no tuviera miedo. Ella empezó a sentirse mal. La mirada ob-

sesiva de ese hombre la angustiaba. Le pidió que le dejara dormir sola, no quería que se quedara en su habitación, pero él la abrazó y comenzó a besarla. Después intentó acariciarle las piernas y los pechos. Andrea se echó a llorar y le suplicó que se apartara. Apenas si tenía fuerzas para defenderse de un padre tan fuerte. Cuando la tragedia parecía inevitable, su padre se retiró sobresaltado y comenzó a llorar tapándose la cara con las manos mientras imploraba al cielo. Andrea, muy asustada, no perdió tiempo, terminó de vestirse, cogió un abrigo y salió corriendo de la casa. Pasó escondida dos días completos en un pajar que había a las afueras del pueblo. Ni una sola vez salió de su escondrijo, presa del ataque de pánico que sentía. Hubo muchos momentos en los que escuchó voces que la llamaban; incluso vio gente entrar en el pajar, pero no quiso salir porque el miedo la atenazaba. La descubrieron cuando la sed la obligó a buscar agua. No se atrevió a dar explicaciones sobre lo ocurrido. Era imposible que le creyeran. Su madre le dio una paliza y la castigó severamente por la angustia que les había hecho pasar. Entonces confesó que la culpa la había tenido su padre, aunque no se atrevió a dar detalles de lo ocurrido. Esa acusación tuvo consecuencias muy graves para ella porque la tildaron de mentirosa. Aquel día perdió la confianza en su propia familia y no la había vuelto a recuperar.

Nunca más volvió a hablar de lo que pasó aquella noche. Poco después marchó interna a un colegio de monjas para estudiar el B.U.P. y recibir la educación que merecía en su condición de mentirosa, palabras textuales de su madre a la superiora en la reunión que mantuvieron al solicitar la plaza. En el internado, muy pronto aprendió a servirse de la hipocresía, a engañar cuando lo precisaba para conseguir sus objetivos. Al cabo de los años terminó odiando ese lugar en el que perdió la fe en la religión y en la mayoría de las personas. Cada vez que escuchaba misa se evadía de la ceremonia inventando todo tipo de pecados, que entonces le parecían más atractivos que la obediencia. Estuvo interna hasta que comenzó a estudiar Derecho en la Universidad Complutense. Al llegar a Madrid, pasó un año viviendo en una residencia para estudiantes antes de empezar a compatibilizar la carrera con el tra-

bajo de administrativa en una gestoría, lo que le permitió cierta independencia para irse a compartir un piso con tres compañeras de facultad. Ella había decidido ser abogada porque esperaba que la justicia pudiera devolverle lo que le habían quitado, y confiaba en que lograría evitar que otras personas vivieran los momentos de angustia que ella había sufrido.

Durante las vacaciones apenas si pasaba tiempo en la casa familiar, sólo el imprescindible. Aprovechaba gran parte de ellas para irse a campamentos porque en familia poco tenía que hacer, y menos aún que hablar. Estaba en segundo de carrera cuando la llamaron una noche para decirle que su padre había muerto a causa de un infarto. Regresó a casa para el entierro. Su hermano se avergonzaba de ella y no la miró a la cara durante todo el día. Con su madre intercambió un abrazo gélido que demostraba que las heridas estaban lejos de curarse. Andrea fue incapaz de llorar, no podía sentir pena por la muerte de alguien a quien había tratado de matar muchas veces en sus sueños porque la había condicionado en su relación con otros hombres. Incluso había mantenido relaciones homosexuales con dos compañeras en el internado, más llevada por el afán de desobedecer que por el propio deseo. Hasta los veinte años mantuvo la virginidad y muy pocas veces había tenido una relación plena con un hombre, aunque no se amilana-ba ante ellos cuando se trataba de relaciones profesionales. Enfrentarse y vencer a un hombre suponía un reto en el que existía algo más que un juego de poder.